



AÑO I

— BARCELONA 21 DE MAYO DE 1882 —

NÚM. 21



LAS CIGARRAS por G. Costa

SUMARIO

LA SEMANA EN EL CARTEL, por J. R. y R.—NUESTROS GRABADOS.—LOS MUEBLES EN LA EDAD ANTIGUA (continuación), por don Francisco Giner de los Rios.—EL DESERTOR, anécdota, por don Cecilio Navarro.—NOTICIAS GEOGRÁFICAS.—NOTICIAS VARIAS.

GRABADOS.—LAS CIGARRAS, por G. Costa.—GAJES DEL OFICIO, por A. Lonza.—REGRESO DE LA IGLESIA, por J. Raffel.—EL GUANTE DE SCHILLER, por Mayerheim.—LA COSTURA, por Bregenzer.—LÁMINA SUELTA.—LA DESTRUCCION DE JERUSALEN, dibujo de C. Kaulbach.

LA SEMANA EN EL CARTEL

El estreno de *Lohengrin* en el Teatro Principal de Barcelona ha sido un verdadero acontecimiento: Wagner ha triunfado en toda la línea. Aquella música original, vigorosa, llena de contrastes, exuberante de matices, fecundo manantial de inspiraciones, ha sido interpretada magistralmente por la Vitali y la Pasqua, por Barbaccini y Roudil, y la orquesta dominada por Goula ha hecho prodigios. Con mejores coros y un aparato escénico más decente, la ejecución de esta obra formaría época en nuestros fastos musicales. Aun así hubo momentos de delirante entusiasmo en que los aplausos ahogaban la voz de los cantantes y los robustos acentos de la orquesta.

En los teatros madrileños solo se han estrenado dos obras: el juguete cómico del Sr. Perrin y Vico *Mundo, demonio y demás*, celebrado por sus chistes y versificación fácil; y la ópera *Tirios y Troyanos* de Ricardo de la Vega, escrita expresamente para el Sr. Arderius, con ripios musicales de varios autores célebres y gran abundancia de alusiones políticas no todas del mejor gusto.

Stagno ha cantado con éxito colosal el *Rigoletto* en el teatro *Constanzi* de Roma.—La *Sociedad orquestal* de Milán continúa dando aplaudidos conciertos en la *Scala*. En uno de ellos ha gustado mucho la *Guardia notturna* de Hiller.—En el teatro *Dal Verme* debía trabajar la Donadio, pero tuvo que ausentarse por sentirse enferma. El empresario se ha desquitado mandando añadir un pasaje al baile *La Sirena*, con el objeto de exhibir á Miss Aenea, la célebre *mosca de oro*.

En el *Fossati* de Milán se ha estrenado una risueña comedia de Cameroni titulada *Las metamorfosis de Bertoldo*.

Finalmente ha obtenido un éxito brillante en el *Balbo* de Turín un nuevo baile de Smeraldi, que lleva el título de *Emma Florens*.

Juan Strauss reina en la ciudad de Berlín con su ópera *La guerra divertida*. Pero el verdadero acontecimiento teatral de aquella ciudad es la aparición de la Tagliani, una de las mujeres más hermosas que jamás han pisado la escena. Esta soberbia cantante se vio obligada á ausentarse de la capital de Austria, á consecuencia de las relaciones que se le suponían con cierto personaje de la dinastía imperial.

«¡Ay infeliz de la que nace hermosa!»

Flotow, el inspirado autor de *Marta*, ha asistido personalmente al 77º aniversario de su nacimiento que se ha celebrado con gran pompa y no ménos entusiasmo en uno de los teatros líricos de Viena.

El *Teatro de la Ciudad* de la misma capital inaugurará la próxima temporada de Octubre poniendo en escena una trilogía del *Faust*, debida al compositor Wilbrandt. Va cundiendo la moda de Wagner: la trilogía se representará en tres noches consecutivas, comprendiendo la primera el prólogo hasta la metamorfosis de Faust; la segunda el drama de Margarita hasta la muerte de ésta, y la última, toda la segunda parte del poema.

La presencia de Liszt en Bélgica ha dado lugar á grandes manifestaciones artísticas. Mencionemos siquiera la ejecución de la *Leyenda de Santa Isabel*, en la cual, á través de algunos recitados asaz monótonos, sobresalen hermosos pasajes exuberantes de originalidad y colorido. Liszt ha sido brillantemente festejado. Notables maestros de Francia y otros puntos acudieron á Bruselas ansiosos de estrechar su mano: entre ellos figura Saint Saens, quien en honor del ilustre Liszt, ejecutó en el órgano del Conservatorio la leyenda de éste *San Francisco predicando á los pájaros*, con tanta maestría, que el célebre maestro hubo de decir: «Saint Saens, como organista, no es el número primero, sino el número único.»

¿Qué efecto ha producido en Lóndres la hermosa ópera de Wagner *Der Ring der Niebelungen*? De entre la prensa diaria, sólo el *Times* muéstrase entusiasta de la obra; el *Daily News* reserva su juicio, y en cuanto al *Standart* y al *Daily Telegraph* censuran acerbamente el libreto y la música. Asistió al teatro una concurrencia brillante; pero á muchos el género wagneriano correspondiente á la última época del maestro no les entró. Todos los periódicos convienen en lo mismo: fué excelente la interpretación vocal; pero la orquesta adolecía de un desequilibrio muy desagradable entre la cuerda y el metal, y el aparato escénico no era digno ni siquiera de un teatro de tercer orden.

La temporada de *Covent Garden* va de triunfo en triunfo: la Semblich y Frapoli en *Dinorah*, y la Stahl, la Fursch Madié y Pandolfini en *Aida* merecieron entusiastas ovaciones. Sin embargo, los *dilettanti* piden un tenor digno de tan aventajados artistas, pues Mierswinski,

cuyas facultades son limitadas, es lo mejor que hay en su clase. El empresario que regateó la asignación á nuestro incomparable Gayarre, con todo y ofrecerle ahora lo que antes le negaba, no ha podido tentar al rey de los tenores, que á todas las súplicas de Mr. Gye ha interpuesto el veto de su dignidad.

No podemos salir de Inglaterra sin mencionar dos éxitos que corresponden á la interesante comedia *Times will tell* (El tiempo lo dirá), de Herbert Gardener, y á la ópera cómica *A simple Sweep*, de música ligera y divertido argumento. Esta fué estrenada en el *Teatro de la Princesa*, y aquella en *Bridgewater House*.

Sarah Bernhardt debe reaparecer en París el día 24 del corriente atraída por un acto benéfico. La eminente actriz se ha comprometido á dar una representación de *La Dama de las Camelias* en el *Teatro de la Gaité* á beneficio de la viuda del pintor Cheret. Las localidades de preferencia se han puesto á pública subasta cotizándose á precios fabulosos.

Dos reproducciones que han alcanzado el mismo éxito que si se tratase de obras nuevas: *Las bodas de Figaro*, de Mozart, en la *Opera cómica*, y *Madame Caverlet*, de Emilio Augier, en el *Gimnasio*. Augier es uno de los primeros dramaturgos franceses: no tiene ni la trascendencia de Dumas, ni la travesura de Sardou; pero supera á ambos por el vigor y el relieve de sus escenas, y sobre todo de sus diálogos.

Como obras nuevas merecen citarse la pieza en un acto *Servicio en campaña*, de Felipe de Massa, agradable anécdota militar, estrenada en la *Comedia francesa*; y *La oveja descarriada*, divertida comedia puesta por primera vez en el *Palais Royal*, cuyos autores Grangé y Bernard, más que á la verdad y á la verosimilitud, atienden al afán de excitar la risa de un público acostumbrado de antiguo á aplaudir las mayores extravagancias, á trueque de que sean divertidas.

Siempre es satisfactorio consignar los triunfos de un compatriota; pero la satisfacción sube de punto cuando el que los merece, sobre ser joven, se ha granjeado ya una reputación envidiable. En este caso se encuentra el joven barcelonés M. Calado que en la Sala Pleyel ha dado nuevas muestras de su talento y de sus portentosas facultades, ante un público selectísimo. Todo el mundo reconoce en el joven pianista un mecanismo sorprendente y aquel fuego que anima al concertista y entusiasmo al auditorio y que suele ser patrimonio exclusivo de la gente meridional.

El Consejo federal Suizo ha prohibido la representación del drama de Luisa Michel, en todo el territorio helvético.

Nadine hasta ahora ha producido un duelo que ofrece cierto sabor teatral. El director de los *Bufos del Norte*, M. Lisbonne, increpó algo duramente á un joven que se había permitido silbar la obra de la célebre agitadora. Hubo cambio de tarjetas y en un instante se arreglaron los preliminares de costumbre.

El duelo era á pistola. Los adversarios se hallaban colocados frente á frente, y tocándole disparar primero al adversario de M. Lisbonne, no salió el tiro. Entonces M. Lisbonne se adelantó á ofrecerle el arma que tenía, y volviéndose á su sitio cruzóse de brazos tranquilamente, esperando el disparo. El joven, ante este rasgo de caballerosidad disparó al aire, y los testigos aprovecharon la ocasión para declarar el honor satisfecho.

Hé aquí un magnífico episodio para un drama.

J. R. R.

NUESTROS GRABADOS

LAS CIGARRAS, por G. Costa

A los quince años no se concibe la estación de invierno: el cielo toma el color de la esperanza y se sabe de memoria que Dios atiende al sustento hasta de la última de sus criaturas. A esa edad son muy comunes las cigarras.... ¿Quién no canta bajo el hermoso cielo de Italia, á la luz del sol que todo lo fecunda, á la sombra de los árboles que todo lo embellecen, aspirando el aroma de las flores que todo lo embalsaman? ¿Qué filósofo es capaz de hacer comprender á las jóvenes de nuestro cuadro lo efímero de la vida de las cigarras? ¿Cómo su naturaleza exuberante se reducirá al pasivismo del trabajo y trocarán por la insípida rúca el acordeon y la pandereta con que acompañan sus populares cantos ó estimulan el cuerpo para el baile? Y sin embargo, un día la necesidad llamará á las puertas de su más que humilde albergue; la cigarra, lanzada de la rama en que se posó cómodamente durante el verano, tenderá el vuelo por un mundo donde todo es helado, todo, hasta el corazón de sus moradores; y gracias si es su cuerpo el que perece de frío, porque hay enfriamientos del alma que dan la muerte á todas las virtudes, dejando solamente á salvo, para mayor dolor, el remordimiento!

GAJES DEL OFICIO, por A. Lonza

Por ganarse la vida se pierde la vida, dice el refrán; pero confesemos ingenuamente que hay maneras de ganarla muy crueles y maneras de perderla muy salvajes. Entre estas vidas, pendientes siempre de un cabello, la del titiritero es indudablemente horrible. La perfección del arte (porque también á eso se le llama arte) consiste en buscar distintas y siempre más fáciles maneras de romperse el esternon en el pavimento del circo ó estam-

parse los sesos en el techo. Una de estas desgracias está representada en el cuadro de Lonza. El infeliz gimnasta ha sido desprendido del trapecio ó derribado del caballo en cuyo lomo hacia el doble salto mortal. La avería es grave; bien lo demuestra el cuerpo del paciente y el semblante de sus compañeros. A pesar de lo cual hay de parte de fuera un público que ha pagado para presenciar unas cuantas barbaridades más, y es preciso no robarle el dinero mientras quede títere con cabeza.... por romper. Dícese que hay padres ¡y hasta madres! que adiestran á sus tiernos hijos para que sigan *esa carrera*.... No lo creemos, no podemos creerlo, no queremos hacer á la paternidad, á la santa paternidad, semejante ultraje.

REGRESO DE LA IGLESIA, por J. Raffel

¡Qué hermoso idilio! La senectud apoyándose en la infancia; la niñez buscando la sombra protectora de la ancianidad; en la parte inferior del paisaje un caserío que revela pobreza, en lo alto una iglesia en donde se prodigan consuelos; junto á nuestros caminantes una rústica cruz que simboliza á la esperanza. ¡Qué apacible serenidad la del anciano, y qué inefable candor el de su nietecilla!... La vida del primero debe haber sido tranquila, serena, basada en el trabajo, sostenida por la fe, embellecida por la familia.... La existencia de la niña será quizás más rudamente combatida.... ¡La pobre ha perdido á sus padres!... Pero todos los días festivos, después de orar en el templo, ora sobre la tierra que á aquellos cubre y con mano piadosa recoge algunas de las muchas flores silvestres que crecen en su sepultura.... Mientras conserve este talisman, los huracanes del mundo nada podrán contra ella, porque entre los pliegues del viento irán efluvios de la bendición paterna y de los castos besos de su santa madre....

EL GUANTE DE SCHILLER, por Meyerheim

Representa este grabado una escena de cierta leyenda muy popular en Alemania. Erase un rey que tenía el mal gusto de dar á la corte espectáculos de riñas de fieras, y érase una dama que tuvo el gusto, áun peor, de arrojar su guante entre dos enormes y carnívoros felinos, diciendo á un caballero que de enamorado y valiente se pregonaba: —Si es tal vuestro valor como el amor que describís, disputad esa prenda mia á aquellas fieras.

El caballero no se hizo repetir la orden, y un momento después presentaba el guante á la dama.

—Gracias —dijo simplemente ésta con una sonrisa que apenas revelaba interés.

Entonces el ofendido caballero repuso:

—Vuestras gracias no me hacen á mí poca ni mucha.

Y en lugar de devolver galantemente á la dama el preciado guante, se lo arrojó indignado á la cara.

Este final es poco caballeresco. Una tradición parecida hay en España, y de ella sale mejor librada la hidalguía del protagonista.

LA COSTURA, por Bregenzer

A la vista de esta interesante criatura, solamente se nos ocurre decir: —¡Me la comería á besos!

LA DESTRUCCION DE JERUSALEN, por Kaulbach

Las profecías habían de cumplirse, y se cumplieron.

Treinta y ocho años después de la muerte del Justo, la sangre del Crucificado caía sobre la cabeza de sus verdugos y de los hijos de sus verdugos, que así lo habían pedido antes de que Pilatos se lavara las manos. No registra la historia sitio más horrible que el de la antigua Jerusalén, ni venganza más espantosa que la tomada por los romanos de los vencidos judíos. Doseientos mil habitantes perecieron de hambre antes de ser tomada la ciudad; un millon y cien mil judíos hallaron la muerte detrás de sus muros. ¡Madre hubo que llegó á matar y á devorar á su hijo!... ¿Quién sabe si esa madre se había mofado, treinta y ocho años antes, del dolor de aquella otra Madre, que seguía los pasos del Hijo amado, hasta el lugar del infame suplicio?... Cuantos no murieron de hambre ó al filo de la espada fueron condenados á esclavitud; los niños menores de diez y siete años y las mujeres fueron vendidas como vil mercancía, al extremo de pagarse solamente un dinero de plata por treinta de aquellas.... ¡Qué mucho si ellos habían comprado por treinta dineros la sangre del Justo! La ciudad deicida fué arrasada; el osado romano surcó los campos donde antes se alzara la impura sinagoga; cuadro de horrible devastación únicamente comprendido cuando se leen las lamentaciones de Jeremías; canto sublime áun no igualado por elegía alguna.

Kaulbach, el gran pintor, ha concebido y ejecutado la destrucción de Jerusalén por los soldados de Tito, no ciñéndose precisamente á pintar una ó muchas escenas de matanza; su imaginación, tan potente como filosófica, ha abarcado en este cuadro el pasado, el presente y el porvenir. El pasado es el tribunal eterno, cuyos angeles ministros blanden la flamígera espada sobre los deicidas; el presente, son los romanos que matan y los judíos que mueren; y el porvenir está representado por el delicioso grupo de la Sacra Familia, escoltada por los espíritus celestes que salvan la Hostia propiciatoria, y ante la cual se postran de rodillas tres inocentes niños, simbolizando el germen del cristianismo naciente y en lo futuro triunfante.

Composiciones de esta importancia recuerdan al sublime pintor de la Capilla Sixtina.

LOS MUEBLES EN LA EDAD ANTIGUA

POR D. FRANCISCO GINER DE LOS RIOS

(Continuación) (1)

III.—Grecia

Entramos en un nuevo mundo, así por la naturaleza de las obras, como por la mayor abundancia de los datos. Grecia inaugura un período en las artes todas, tan peculiar, con un sello tan característico, que, al contemplar su originalidad y riqueza, se comprende haya podido reinar por largos siglos la idea de que aquella maravillosa nación nada debía á las demás, habiéndolo creado todo de su propia sustancia. Sin embargo, esta idea inexacta es hoy unánimemente contradicha, merced á un mayor conocimiento de los antecedentes y orígenes de aquella cultura, y merced también á principios más acertados en punto á lo que debe verdaderamente entenderse por originalidad. Nada pierde el arte helénico, que sigue siendo tan admirable como ántes, por que se expliquen las causas de esta originalidad, sus condiciones y los elementos que recibe de otros pueblos, de los cuales se sirve y que gradualmente y con incomparable ingenio transforma.

En el mobiliario se observan necesariamente estos dos factores, el heredado y el propio. Grecia toma de Egipto, de Asiria y Persia, del Asia menor, formas y motivos de decoración que en los primeros tiempos se conservan con escasa mudanza. Por ejemplo, en uno de los bajos relieves del Museo Británico, procedente de Janto, se halla esculpida una silla completamente asiria, tanto en su figura, cuanto en su adorno; y en el Museo Pio-Clementino, de Roma, se hallan otras dos, que recuerdan también una procedencia semejante. En ellas, el asiento está sostenido, ya por dos panteras sentadas y aladas, ya por dos sirenas de análoga forma.

Pero, conforme va desenvolviendo aquel pueblo su vida peculiar, va realizando en este orden nuevas ideas. El progreso del mobiliario entonces tiene diversas causas. Nace, primero, del desarrollo de necesidades cada vez más complejas y que van exigiendo instrumentos más varios y refinados; y segundo, del incremento de las demás artes, con las que tan estrecha dependencia guarda el mobiliario, según ya se indicó. Por esto, en el período de florecimiento, que lleva el nombre de siglo de Pericles, el mobiliario alcanza también su mayor belleza y apogeo, de que luego decae con las demás artes (aunque después, por ser también sus progresos más tardíos), sin que la suntuosa magnificencia de los materiales pueda compensar la degeneración de las formas.

En los primeros tiempos, la sencillez de las costumbres y el predominio de la vida pública sobre la privada no permitieron gran desenvolvimiento á estas artes, cuyas obras más preciadas apenas podían aspirar á servir fuera de los templos y las grandes solemnidades nacionales—ocasiones casi exclusivas para desplegar el lujo que faltaba en las casas. Además, la preponderancia de las clases populares fué tal á veces, por ejemplo, en Atenas, que obligaba á los ricos á captarse su benevolencia, gastando su patrimonio en estas fiestas, es decir, haciéndoles dedicar á las diversiones públicas, cuidados y recursos que habrían debido emplear en sus casas, á tener sobre el particular las ideas de nuestros tiempos. Nueva aplicación del principio de aquella célebre fábula de Schubart, del mandarin y el bonzo, que le daba gracias por la atención y los sacrificios que se imponía para presentarse en público tan espléndidamente vestido y adornado, sin poder por esto gozar de su magnificencia, no ya más, sino tanto siquiera como los pobres, á quienes daba gratuitamente tan hermoso espectáculo. En Inglaterra, no es raro este modo de concebir las funciones de las clases ricas.

En la época de Homero, ó á lo menos, en la que él describe, se hacían ciertos muebles de bronce, hasta que fueron introduciéndose materiales más ricos, como el oro y la plata, el ámbar, el mármol, el marfil y las maderas preciosas. Muchas veces, se construían formando un armazón, generalmente de olivo, y forrándolo luego con chapas de metales costosos. Después de este primer período, parece que el mérito artístico fué adquiriendo cada vez más importancia; y aún cuando nunca desaparecieron los materiales suntuosos, el valor de los objetos no se midió ya principalmente por ellos. El bronce se esculpó y grabó; introdujéronse la incrustación y el chapeado; afinóse el torneado; la talla en madera se elevó á un grado desconocido hasta entonces; y el uso de los colores aumentó la impresión pintoresca de los muebles.

(1) Véase el núm. 13, pág. 102 y el núm. 15, pág. 115.

El progreso realizado por Grecia en las formas de estos corresponde al que en todas sus obras cumplió sobre sus progenitores orientales. Con esto, ya se dice que las líneas rígidas desaparecieron, transformándose en curvas complicadas y graciosas; se adelgazaron los soportes y se hicieron más elegantes; atendiéndose en la construcción de los muebles á la mayor comodidad para su uso y estos presentaron una ligereza, una esbeltez y una vida—así pudiera decirse—completamente distintas de la pesadez y amazotamiento que luego habían de renacer en los estilos greco-oriental y bizantino. En cuanto á la decoración, el adelanto fué superior todavía. Con sólo reflexionar en la inmensa perfección de la escultura griega, tipo incomparable con todas las anteriores y siguientes, se comprende qué verdadero abismo debía existir entre los adornos esculpidos del mobiliario, hermanos de los del Partenon, y aquellos otros del Egipto y el Asia, cuyo mérito no por esto debe desconocerse. La talla en cedro, encina, ébano, naranjo, representando cabezas de hombres, ó de fieras como el león ó el leopardo, esfinges con las alas levantadas («forma favorita—que dice un escritor—de la ornamentación helénica,» pero heredada de Egipto), piés y garras de toda clase de animales, etc., puede calcularse qué perfección llegaría á alcanzar en la patria de Fidias; y lo mismo los demás elementos. En un principio, el adorno era puramente esquemático ó geométrico, es decir, da figuras abstractas y poco complicadas, aunque oriundas á veces de las naturales (v. gr. las grecas ó meandros); pero luego esta fantasía abstracta cedió á la realidad y ensanchó sus dominios hasta abrazar en ellos á la creación entera y formar verdaderas composiciones de personajes y grupos de animales. Así se explica que Grecia llevase su mobiliario á todas partes, como había llevado sus otras manifestaciones artísticas; Egipto y Persia, sus antiguos maestros, sufrieron su influjo ó importaron sus tipos y hasta sus obras; y el mobiliario romano es sólo un desarrollo del griego, desarrollo cuyo carácter se apreciará en su lugar oportuno.

Todos aquellos muebles que «tienen piés,» es decir, que descansan sobre uno ó varios soportes á modo de columnas, recibieron gran variedad de formas. Las principales terminaciones eran en figura de garra, ó de una larga y muy delgada pirámide invertida y ligeramente truncada, terminación á que luego se ha llamado «pié de aguja,» y que por expresar perfectamente la mejor idea de esta clase de soportes, con el mínimo de material y el máximo de resistencia, ha llegado á ser predominante entre todas, hasta nuestros tiempos inclusive. Y sin embargo, esta forma ofrece quizá un nuevo ejemplo de la herencia oriental, pues probablemente es sólo la transformación gradual, merced á un gusto delicado, de aquellas piñas ó machuchos conos que hemos notado en los muebles asirios. El mobiliario del estilo neo-clásico, que ha venido imperando desde Luis XVI hasta el primer tercio de nuestro siglo, esto es, hasta la época de la reacción romántica, mobiliario del cual abundan los ejemplos, entre otros lugares, en los palacios de Madrid y sitios reales, puede dar alguna idea general de estas formas, si bien debe tenerse en cuenta que están acomodadas á las necesidades y usos modernos, y que la imitación suele dejar bastante que desear, sobre no ser directamente griega, sino más bien romana. Pues ni el arte griego se conocía bien aún, si es que en realidad se tenía de él alguna noción exacta, ni el ideal que por entonces imperaba en los espíritus y en todas las esferas de la vida, desde la política á la literatura y al traje (ideal inocentemente apadrinado y protegido por la corte francesa y que de tal modo contribuyó luego á la revolución del 89) era realmente griego, á pesar de lo que de Grecia se hablaba doquiera. Por otra parte, el influjo tal vez más directo sobre el mobiliario de ese período neo-clásico, se debe á los descubrimientos de Herculano y Pompeya, admirable ejemplar de la sociedad romana del imperio.

Por último, los dibujos y figuras que se conservan de muebles griegos, no son anteriores al siglo VI ántes de Cristo.

La filiación oriental del mobiliario helénico se ha hecho más evidente desde los últimos descubrimientos recién hechos en Chipre y en el Asia menor, señaladamente en Troya. Con ser los poemas homéricos una de las más grandes expresiones de su genio nacional, el menaje en ellos descrito, especialmente en la *Odisea*, conserva un carácter completamente oriental. El catálogo, además, de esos muebles es por extremo sucinto. A juzgar por esa fuente, tenían camas, sillas, carros, mesas, cofres y cajas; y si queremos contar toda clase de objetos domésticos, pieles, tapices, porta-antorcas ó candelabros, platos, bandejas, urnas, jarros y copas: todo ello de forma sencilla, un tanto pesada aún y

cuyo tipo contrasta con lo suntuoso, á veces, de la decoración (1).

Los lechos usados por los griegos en los tiempos heroicos y siguientes, servían sólo para dormir, no pues para comer, y eran muy sencillos. Homero en la *Iliada* habla de alguno torneado; y en la *Odisea* alude varias veces á esta clase de muebles. La conocida descripción que en el último poema (2) hace del de Penélope indica un grande atraso y cierto gusto semi-bárbaro. «Yo mismo lo he hecho con todo esmero,» dice Ulises. «Había en el patio de palacio un hermoso olivo, tan grueso como una gruesa columna. Mandé construir á su alrededor una alcoba; corté luego las ramas del árbol; aseré el tronco, hasta dejarlo á la altura conveniente; allané y acomodé el pié, agujereándolo de trecho en trecho y tendiendo sobre la madera correas de piel de toro, teñidas de púrpura; luego, para enriquecerlo, prodigué en él el oro, la plata y el marfil.» Una cama con *raíces* en el suelo, hecha nada menos que por un rey en el corral de su casa es sin duda un mueble extraño y en rigor no es siquiera un *mueble*, pues que, como el propio Ulises añade, sería menester aserrarle los piés para trasladarla á otro sitio. Todas las magnificencias y esplendores de este lecho no impidieron que su dueño y autor durmiese, la primera noche de su regreso, punto menos que al raso y sobre unas pieles de buey y de carnero; costumbre, por lo demás, extremadamente en uso por aquellos tiempos (3).

Aparte del dato sobre la sencillez del menaje de entonces, hallamos en esa descripción otros varios, entre los cuales sólo señalaremos dos. Ante todo, vemos confirmada la idea de que el uso de los metales preciosos en el mobiliario, lejos de denotar un gran adelanto, se compagina perfectamente con un arte todavía en la infancia, cuyos ulteriores progresos, sin necesidad de desterrar aquellas aplicaciones, las subordina á otros factores decorativos de mayor importancia. No deja de ser curiosa la opinión de ciertos autores (4) de que el uso del marfil comenzaría por el de colmillos enteros de elefante, como piés de los muebles. Además, las correas que, sujetas en la madera, debían sostener el lecho propiamente dicho, compuesto de tapetes y pieles, indican ya cierto adelanto sobre las pieles enteras y tendidas, que son bastante menos cómodas, por su continuidad y rigidez. Igual perfeccionamiento denotan el uso de cobertores ó mantas, citado por Homero.—Pausanias habla de dos lechos de bronce, de Tarteso; uno de estilo dórico, y otro jónico, conservados en el tesoro de Altis, pero de fecha incierta, aunque parece que pertenecían á tiempos anteriores al florecimiento del arte helénico (5).

Este florecimiento, como es sabido, se inicia cinco siglos ántes de la era cristiana; y ya hemos dicho las causas de que no aprovechase tanto al mobiliario como á las otras manifestaciones. En un vaso del Museo Británico, está representado un mueble, mitad lecho, mitad sofá, para dos personas, compuesto de un colchoncillo, que cubre un rico paño, el cual deja ver por debajo un trozo de los largueros torneados, apoyados sobre cuatro piés, que van disminuyendo hácia su parte inferior, terminada por una bola; sobre el colchoncillo hay á cada extremo un cojín, forrado asimismo de rica tela listada; delante, un taburete largo y de poca altura, con adornos de marfil, sirve de escalón. En otras figuras, se halla un solo almohadón, pero mayor. En unas y otras, las telas tienen carácter oriental. Por último, se abrigan con pieles, tapetes y mantas de lana, las más finas de las cuales venían de Mileto, Cartago ó Corinto. Andando el tiempo, se añadió á veces un lienzo, á modo de nuestras sábanas, un verdadero colchon, y hasta una almohada.

Vengamos ahora á los *asientos*. Ya hemos dicho que el origen del sofá puede explicarse de dos maneras: ó por la transformación de la cama, ó por la unión de dos ó tres asientos; de estas dos formas, aquella domina en la edad antigua y la segunda en la moderna. Representan dos ideas completamente distintas: la primera, la de un mueble para reclinarse ó recostarse, y descansar de modo más perfecto que sentado; la última, la de un asiento donde puedan conversar con mayor intimidad dos ó más personas. Los *lits de repos*, las sillas alargadas (*chaises-longues*), los divanes, etc., pertenecen á aquel tipo; los canapés, confidentes, marquesitas, *vis-à-vis*, y otros análogos al último. Por ejemplo, en la época macedónica y á influjo sin duda del sibaritismo persa, se introdujo la moda de comer recostados

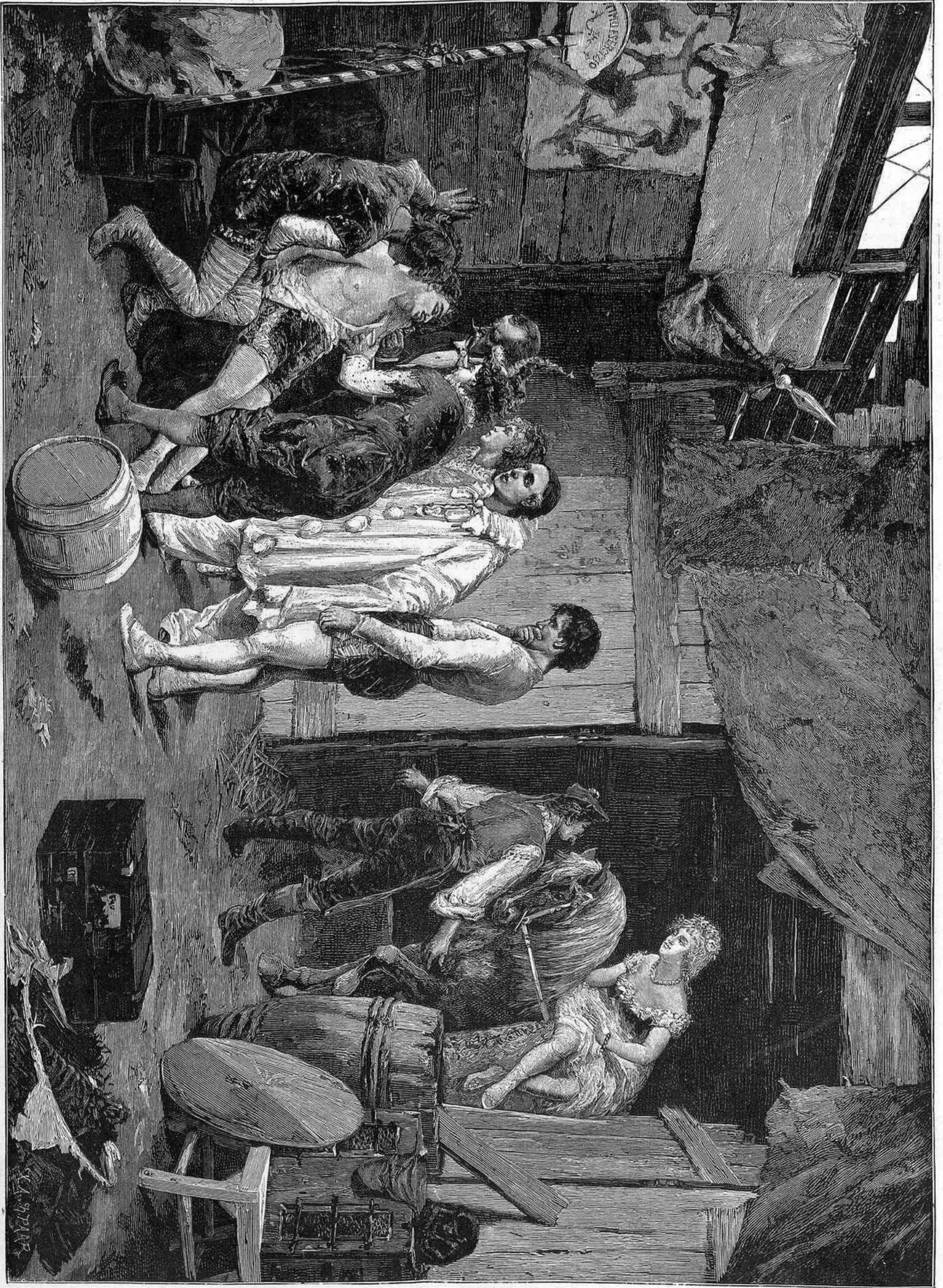
(1) *El mobiliario de la Odisea*, en el *Boletín de la Institución libre de Enseñanza*, 1881.

(2) *Od.* XXIII.

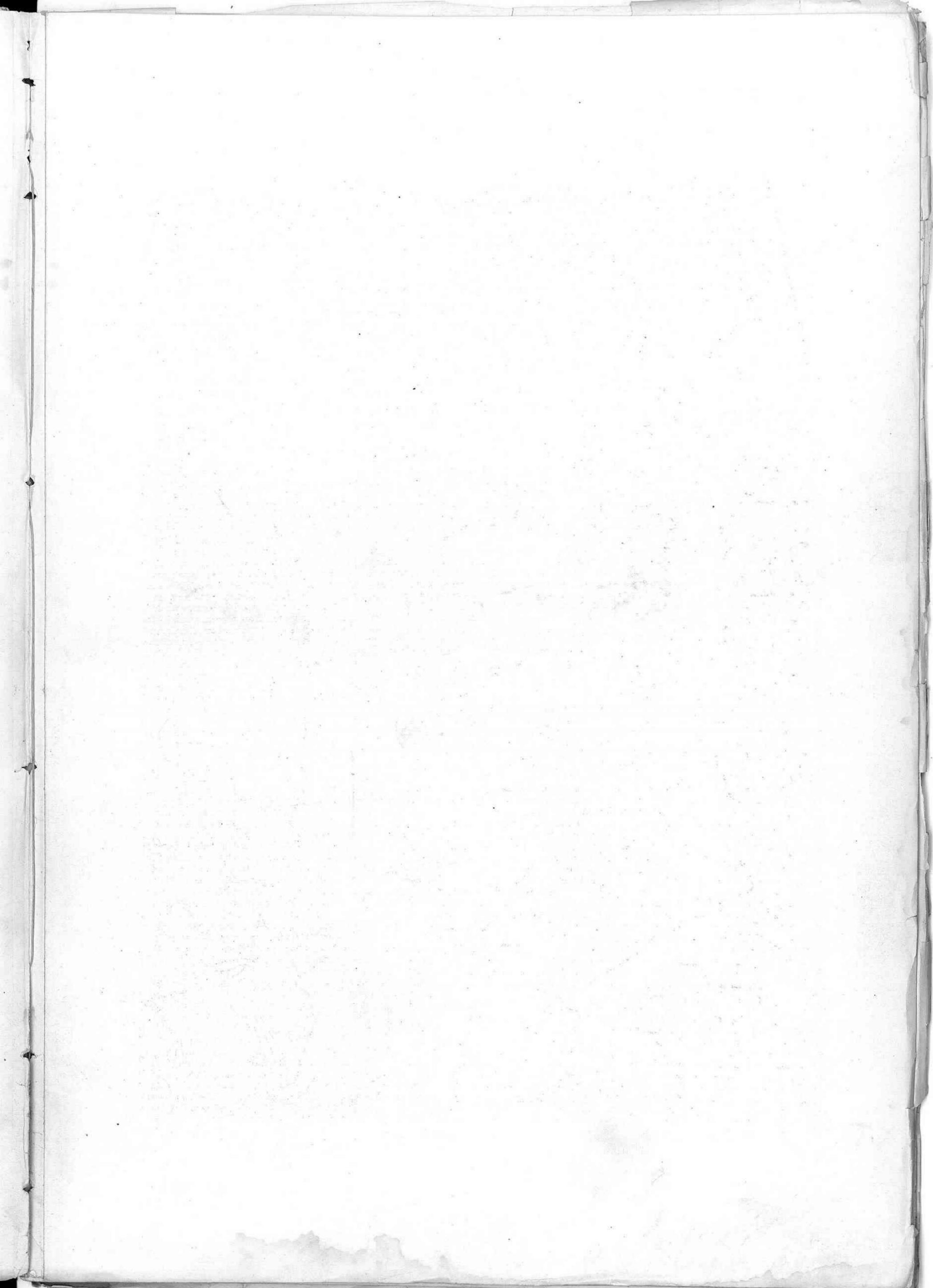
(3) *Ib.* IV, VII, XV.

(4) Hungerford, CLXXII, al cual desde aquí seguimos en casi todo.

(5) Hungerford, XIV.

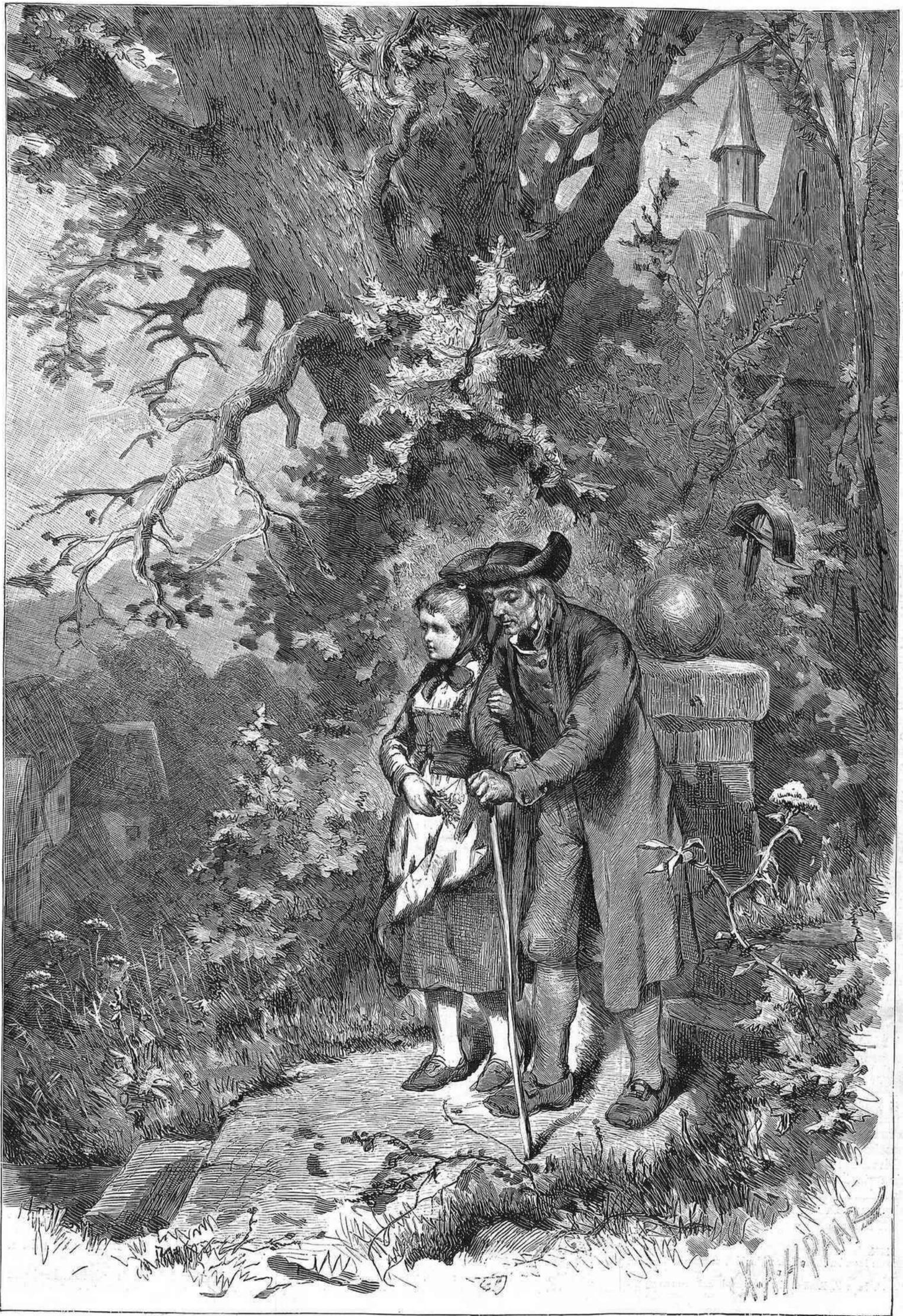


GAJES DEL OFICIO, por A. Lonza





LA DESTRUCCION DE JERUSALEN (POR G. KAULBACH)



REGRESO DE LA IGLESIA. por J. Raffel

en los lechos (moda que comenzó primero en la Grecia asiática), lo cual vino á darles carácter mixto de cama y sofá: muchas veces consistían sólo en un tablado, ó en una especie de poyo de mampostería, sobre el cual se tendían los almohadones. A diferencia de lo que acontecía en Roma, cada uno de estos lechos servía únicamente para dos personas, siendo el sitio de honor, como entre nosotros, el de la derecha. Las mujeres no comían reclinadas, sino sentadas en sillas.

Eran, estos últimos muebles, de varias hechuras. Los había con respaldo y sin él, con y sin brazos; taburetes, bancos, sillones, tronos, etc.—También Homero describe la silla de Penélope, «toda de marfil y plata, obra del célebre tornero Icmalio y que tenía unida un taburete muy cómodo y magnífico» (1). Sobre ella se tendían varias pieles, según añade, por lo cual debía ser una especie de esqueleto ó armadura de madera, forrada y adornada luego con chapas de aquellos materiales preciosos. Tal vez podría doblarse para trasportarla con mayor facilidad: por lo ménos, los griegos poseían asientos de este sistema, siendo algunos de ellos de metales. Las sillas con espaldar solían tenerlo bastante inclinado hacia atrás y compuesto de las tres piezas capitales que hoy se usan todavía, esto es, de dos largueros unidos horizontalmente en la parte superior por una tabla ancha y curva, destinada á sostener el cuerpo, apoyado sobre ella; el asiento, más ó ménos plano, ya se cubría con telas, ya con pieles de león, leopardo, etc.; y los dos pies de delante bajaban, apartándose de los de atrás, para dar al mueble toda la estabilidad posible y compensar la falta de travesaños. El perfil general era semejante á una *h*, cuyo trazo mayor se quebrase hacia atrás desde el asiento, formando ángulo obtuso; modelo que desde entónces ha venido luchando con su rival, el de respaldo recto, habiendo acabado por prevalecer, merced sin duda á sus condiciones higiénicas, estudiadas, no hace mucho, de una manera científica (2). Sin embargo, los tronos de las divinidades solían diferir de este tipo y ser rectos, así en la dirección del espaldar, como en todos sus ángulos. Cuando llegue á concluirse y abrirse al público el Museo de Reproducciones artísticas que, bajo la dirección de una competentísima persona (3), ha comenzado á instalarse en el Cason del Retiro, podrán contemplar nuestros lectores en uno de los relieves del gran friso del Partenon el trono de Júpiter, gran sillón cuadrado, con brazos sumamente bajos, sostenidos en su parte anterior por dos pequeñas esfinges aladas, y de espaldar también bajo: el asiento es muy largo, los pies están unidos por un travesaño, y su forma general es sencilla y noble, por más que en estos tronos de las divinidades era donde la talla de la madera desplegaba mayor lujo. Análoga figura—salvo carecer de esfinges y tener delante un taburete que descansa sobre cuatro patas de perro, al parecer, y en el cual apoya los pies el padre de los dioses—ofrece otro sillón en que se halla sentada esta misma divinidad y que puede verse en nuestro Museo Nacional Arqueológico. Se encuentra esculpido en los relieves que decoran el brocal ó puteal, hallado en la Moncloa por el Sr. Rada (4): brocal, por cierto, que recientemente Schneider y Brizio (5) han declarado uno de los datos más interesantes para formarse idea del frontón oriental del Partenon, cuya parte principal, como es sabido, no se conserva, ni en el original, ni siquiera en los dibujos de Carey y Stuart. A propósito de taburetes: en el relieve del Museo Británico que representa la visita de Baco á Icaro, hay uno cuadrado, horizontal y decorado con mascarillas. En el propio friso del Partenon ya citado, se ven otras divinidades sentadas en taburetes sin brazos ni respaldo y montados sobre cuatro pies altos y afilados; y las dos estatuas del frontón oriental, que generalmente se tienen por representación de Ceres y Proserpina, están asimismo sentadas en taburetes mucho más sólidos, cuyos costados macizos bajan casi hasta el suelo, dejando apenas asomar la terminación de los pies. Por último, tratando de asientos, no debe olvidarse el famoso trípode, desde el cual pronunciaba sus oráculos la pitonisa del templo de Delfos.

(1) *Od.*, XIX.

(2) V. uno de los núms. de *Nature* (inglés), correspondientes al año 1879 ó 80.

(3) El Sr. D. Juan F. Riaño. Este museo brinda en sus vacíos importantísima fuente para el estudio de artes y épocas de que poco ó nada poseíamos en Madrid. Aparte de las reproducciones del Partenon, ahora por vez primera completas, encierra otras de admirables estatuas, bustos y relieves de las mejores épocas helénicas; de dipticos romanos pertenecientes á los siglos II á VII; de objetos de vidrio y de metal, de muebles romanos y, por último, del célebre tesoro de Hildesheim.

(4) Ha sido publicado, con una monografía, por el Sr. Villamil y Castro en el t. V del *Museo Español de Antigüedades*.

(5) El primero, en Viena, 1880; y el último, en las lecciones de Arqueología que en este mismo curso de 1881 ha dado en la Universidad de Bolonia.

El más importante de los *carruajes* griegos era el *arma*, de dos ruedas, arrastrado por dos caballos, ó por cuatro, y tan ligero, que á veces tenía la caja de mimbre trenzado y con las dimensiones estrictamente indispensables para dar sitio á una sola persona que de pie los guiaba. El frente era redondo y cerrado; los lados se cortaban oblicuamente hacia atrás, y todo estaba clavado y sostenido sobre el eje, al cual se unían las ruedas por pinas y cubos, como hoy. El extremo libre de la lanza terminaba en una cabeza de carnero ó otro animal, esculpida y á veces dorada; y el conjunto se decoraba con delicado arte. Los jefes iban á la guerra en carros de esta clase. Pausanias (1) habla de uno de bronce tomado á los beocios y conservado en la Acrópolis de Atenas. El *harmamaxa* era una especie de litera montada sobre cuatro ruedas, destinada especialmente al servicio de las damas y los niños, y de origen oriental, según parece. En el friso del Partenon pueden verse algunos ejemplares de los tipos más pequeños. Son casi todos muy bajos; las ruedas están divididas por cuatro radios sólo y llevan á una ó dos personas, ya de pie, ya sentadas, á las cuales acompaña el *apobates*, «especie de peon armado con el yelmo y escudo argólico (2)», ó bien un guerrero, ó un heraldo.

Las *mesas* de este mobiliario consistían, las más de las veces, en un tablero de madera, mármol ó bronce, más ó ménos enriquecido y colocado sobre un trípode; siendo muy común esta clase de soportes aplicados á braseros y otros objetos, así del culto, como de la vida doméstica. Las mesas para comer, sin embargo, á causa de sus mayores dimensiones, se apoyaban sobre más pies, que imitaban los de diversos animales; y los tableros eran, ya cuadrados, ya redondos. Quizá las mesas con un solo pie, á la manera de nuestros veladores modernos, no fueron desconocidas á los griegos; los romanos al ménos, las tenían. Los altares de los dioses eran mesas de materiales preciosos, puestas delante de las imágenes y en las cuales se colocaban las ofrendas, se quemaban los perfumes, se vertía el vino y se hacían los sacrificios; para cuyo objeto tenían á veces una cavidad en la parte superior con una especie de sumidero, á fin de dar salida á los líquidos usados en las ceremonias.

En toda clase de muebles de algun valor, la regla general era que los adornos de relieves, v. gr. las hojas, flores, garras, cabezas y áun figuras enteras de animales, estuviesen además pintados de colores, ó dorados.

En cuanto á *cajas*, arcas, etc., no conocemos datos suficientes, si bien debe hacerse mérito de la célebre arca de Cipselo, conservada en Corinto como reliquia de la leyenda del célebre tirano, al cual, siendo niño, encerró su madre en aquel cofre, para salvarlo de las iras de la nobleza dórica, en el siglo VII antes de C. (3). Era, según parece, de cedro, de planta elíptica, y decorada alternativamente por fajas horizontales de madera tallada, cuyos relieves representaban las conquistas de los antepasados de Cipselo, y otras incrustadas de marfil y oro (4). También Homero menciona algunas cajas (5); pero sin dar pormenores.

FRANCISCO GINER DE LOS RIOS

(Continuará)

EL DESERTOR

ANÉCDOTA

POR DON CECILIO NAVARRO

I

Fabricábase el real Monasterio de San Lorenzo del Escorial y admiraba, ó miraba solamente la maravilla, por la parte de afuera, un soldado de buen talento, aunque de rostro avinagrado, como quien tuviera enojo y no tuviera por qué disimularlo.

Húbolo de ver Felipe II, rey avinagrado también, y como las simpatías atraen, el rey fué cerca del soldado, el cual ni se dignó mirarlo, como quiera que no lo conocía personalmente, ni llevaba Felipe, para darse á conocer, ninguna real insignia.

Vestido de hombre, es decir, no vestido de rey, el gran Felipe II era un hombre vulgar, mucho más vulgar que el soldado. No hay, pues, que extrañar

que quien allá en los tercios de Italia estaba acostumbreado á acuchillar buenos mozos, mirara con desden á un hombrezuelo.

El rey pasó por alto el desden.

—Dios guarde á vuestra merced, le dijo por entrar en conversacion honestamente.

El soldado miró de arriba abajo al desconocido con depresiva arrogancia, y luego le devolvió el saludo reduciéndolo á su mínima expresion.

—Y á vuestra merced.

—¿Qué le parece la fábrica? le preguntó el rey despues, pasando también por alto el desacato.

—¡Pche! se limitó á contestar el soldado.

—¿Mala es?

—No.... pero he visto otras mejores.

—¡Mejores! exclamó el rey esforzándose por sonreír.

—Mejores, sí, repitió el soldado con su acento de vinagre.

—Y ¿dónde, si se puede saber?

—¿Dónde?

—Si se puede saber.

—Allá.... allá en Italia.

—Bien pudiera ser; pero....

Y el rey meneó la cabeza negando.

—Es.... porque sí y.... porque lo digo yo, replicó el soldado con entono; yo, que he visto á Roma, á Florencia, á Palermo, á Siracusa, á Milan y vengo ahora de Nápoles.

—¿De Nápoles viene vuestra merced?

—De Nápoles.

—Buena ciudad.

—La mejor del mundo.... á lo menos para el soldado: buen vino, buen pan y buena carne.... muy buena, aunque sea un enemigo del alma.

Felipe II hubiera querido santiguarse; pero quiso más guardar el incógnito.

—Y ¿qué le trae por aquí, señor soldado? le preguntó luego.

El soldado volvió á mirar al rey de arriba abajo, y despues de una pausa, contestó con toda esta gallardía:

—Y eso ¿qué le importa á vuestra merced?

El rey miró del mismo modo al soldado con mal encubierto enojo; pero pudo reprimirse y contestó simplemente:

—Pudiera ser que importara á vuestra merced que yo lo sirviera en algo.

—Eso es otra cosa, repuso el otro cambiando de tono.

—Porque no hay hombre sin hombre.

—Eso es el Evangelio.

—No es el Evangelio, pero es la verdad.

—La verdad es. Y un hombre es lo que yo buscaba, pero francamente.... no creí haberlo encontrado.

El rey se mordió los labios, y el soldado añadió con toda su franqueza:

—Pues, como iba diciendo, lo que me trae por aquí es que he desertado de mi tercio y....

—Mal hecho, interrumpió el rey á secas sin poder contenerse.

—Mal hecho es un jorobado, replicó el desertor con viveza; y yo, gracias á Dios y al oficio y al honor y á mi gusto, soy mas derecho que un mástil.... cuando no me dan motivo para torcerme.

—Para eso no hay nunca razon, y ménos en un soldado.

—La razon es de quien la tiene, sea soldado ó general, y yo tengo aquí la razon y soy capaz de probarlo en todos los terrenos y.... no digo más.

—Diga, diga, que no lo dije yo por tanto, sino por darle un buen consejo.

—Pues, vuestra merced, seor hidalgo, se sirva dárselo á quien lo haya de menester, que yo no necesito más que ver al rey.

—¿Ver al rey?

—¡Pardiez! exclamó el soldado como si fuera maestre de campo. ¿No puede ver al rey un soldado que se mata por el rey?

—¡Oh! sí que puede; pero....

—Pues nada más que eso es lo que yo deseo. Y juro á Dios que he de estar aquí de centinela hasta que lo vea entrar ó salir para.... para que me haga justicia seca; las gracias no las pido; me las gano yo con esta.

Y el soldado llevó con ímpetu la mano á su tizona.

—Acaso podais verlo y hablarle sin necesidad de hacer la centinela, dijo Felipe obedeciendo ya á un plan.

—¿De qué modo?

—Simplemente: facilitando á vuestra merced una audiencia.

—¿Tiene vuestra merced entrada en palacio?

—Entro y salgo.

—¿Y pudiera facilitarme?...

—Acaso.

(1) I, 28; apud Hungerford XIX.

(2) Riaño, *Catálogo del Museo de Reproducciones artísticas*, página 33.

(3) Pausanias, 3, 17; ap. Theil, *Dictionn. de biographie*, etc., art. *Cypselus*.

(4) Ménard, *Hist. des beaux arts*, p. 56.

(5) *Od.* XIII y XV.

—Y ¿quién es vuestra merced, si no es mal preguntado?
 —Soy de la casa.
 —¡Pardiez! A haberlo sabido ántes, no hubiéramos gastado la pólvora en salvas. Pero, en fin, ya lo dijo vuestra merced y tiene la obligacion de cumplirme su palabra.
 —Palabra no dí ninguna; pero la doy y la cumpliré.
 —A la mano de Dios.
 —Pero advierta vuestra merced, señor soldado, que el rey Don Felipe II, que Dios guarde, es muy agrio de genio.
 —Yo tambien.
 —Y que luégo que sepa lo del abandono del tercio....
 —Me dará la razon..... si es justiciero.
 —Justiciero es.
 —Así lo quiero yo; porque siendo justiciero hará justicia, y haciendo justicia castigará á mi capitán y me destinará á mí á otro tercio.
 —¿Y si lo destinara á galeras? preguntó el rey con marcada intencion.
 —No puede ser.
 —¿Y si fuera?
 —¡Mil rayos! exclamó el soldado con enojo. Entonces lo echaria al gran..... (y lo echó redondo) y me iria á mis galeras.
 —A la mano de Dios.
 —Pero ¿cuándo y cómo?...
 —Mañana á esta misma hora, ronde vuestra merced en torno de la fábrica, y yo le prometo que verá al rey.
 —Hablarle es lo prometido.
 —Le hablará tambien.
 —Quedamos de acuerdo.
 —Pues hasta mañana.
 —¡Ah! ¿El nombre de vuestra merced?
 —Y ¿para qué quiere saberlo?
 —Para si fuera menester buscarlo.
 —No lo será; yo se lo afirmo.
 —Sin embargo, al buen pagador no le duelen prendas. Yo me llamo Lope Aguilera. ¿Y vuestra merced?
 —¿Yo?... Felipe.
 —¡Buen agüero! Como el rey.
 —Lo mismo.
 —Felipe..... ¿de qué?
 —De Castilla.
 —¡Como mi alférez! ¡Bien comenzamos! Pues hasta mañana.
 —Si Dios quiere, contestó el rey piadosamente. Y partieron por opuestas direcciones.

II

A la misma hora del dia siguiente rondaba Lope Aguilera en torno de la fábrica del Escorial, como conviniera con el hidalgo Felipe de Castilla, y ya se impacientaba dudando de su palabra, cuando se llegó á él otro incógnito, hidalgo tambien al parecer.
 —¿Es vuestra merced el soldado de ayer? le preguntó.
 —De ayer!..... De hace diez años, siete meses y veinte dias, contestó Aguilera con cierto orgullo.
 —No lo digo por tanto, sino por tomar señas para conducirlo á presencia del rey, si es el soldado Lope Aguilera de los tercios de Italia.
 —El mismo. Pero vuestra merced no es el hidalgo de ayer.
 —No, pero vengo á cumplir por él, que es lo mismo.
 El soldado meneó la cabeza con cierta desconfianza, y dijo resueltamente despues de una breve pausa:
 —Vamos allá. Pero advierta vuestra merced, seor hidalgo, que si las veras se tornan burlas, las burlas pudieran tornarse las *Trece Manos* del rey *Fares* de Babilonia.
 —No olvide el soldado que trata con un caballero.
 —Ni el caballero que trata con un soldado.
 —Sígame, pues.
 —Sigo.
 Y partieron uno tras otro, sin hablar ya una palabra.

III

De allí á poco entraban en un aposento pequeño y áun mezquino, especie de celda, donde sentado á una mesa de despacho, mezquina tambien, habia un hombre enteco, pálido, feo.
 A un lado y otro del que estaba sentado permanecian en pié y un tanto inclinados por respeto, cuatro altos personajes hinchados, purpúreos, hermosos.
 Detrás de estos, á respetuosa distancia, habia

otros cuatro ni hermosos ni feos, indefinibles, oscuros como cuatro sombras, como cuatro frailes....
 El introductor de embajadores, por decirlo así, adelantó dos pasos en la fosca estancia, hizo una profunda reverencia é indicando al que lo seguia, dijo anunciándolo:
 —Señor, el soldado Lope Aguilera.
 —¡Malo..... me he puesto! dijo para sí el soldado reconociendo en el rey al hidalgo de la víspera.
 —¿Qué pide, pues, el soldado á su rey y señor? preguntó luégo Felipe II frunciendo el rostro como un pergamino en ascuas.
 El soldado vaciló un momento; dió luégo resueltamente un paso al frente, como diciendo: ¡pecho al agua! y contestó exabrupto:
 —Pues señor, me llamo Lope Aguilera y soy soldado del primer tercio de Italia con plaza en la compañía del capitán don Carlos Nuñez, de presidio en Nápoles. Y sucedió..... la verdad, porque aquí no hay ninguna doncella que se escandalice al oirlo; sucedió que, por requebrar á una hembra, que yo creí *azarona* y resultó ser condesa, el capitán don Carlos, que andaba tras el condado, me dió....
 Y el soldado se interrumpió pasándose la mano por el rostro.
 —¿Qué le dió? preguntó el rey despues de una pausa.
 —¿No lo he dicho ya?
 —No.
 —¿Y es preciso decirlo?
 —Sí.
 El soldado se acercó un paso más y dijo con voz tácita:
 —Me dió..... un bofetón en esta cara.
 El soldado retrocedió aquel paso y esperó.
 El rey iba escribiendo de su puño y letra estos detalles.
 —¿Y qué dijo á eso el Aguilera? preguntó despues de hacer sus apuntes.
 —El Aguilera, señor, dijo á eso mucho y malo; sino que lo dijo para sí, atándose las manos con cadenas de prudencia. Una de las cosas que dijo fué decir: ¿Lo mato ó me querello?... Y fui á querellarle al virey.
 —¿Y el virey qué proveyó?
 —Nada.
 —¿Nada?
 —Y entonces volví á decirme: ¿Lo mato ó voy á querellarle al rey? Y aquí estoy, señor.
 —Luégo ha desertado del tercio, arguyó Felipe II.
 —Preciso, contestó sencillamente el soldado: para venir aquí era preciso salir de allá, á ménos que no escribiera mi queja. Pero, como pliego de soldado no tiene salvoconducto y yo tenia que esperar en la compañía, hubiera resultado al fin lo otro.
 —¿Qué es lo otro?
 —El quinto mandamiento, que es matar.
 —No matar es el quinto, murmuró un fraile.
 —Pues será el sexto, murmuró el soldado.
 —¿Qué más? preguntó secamente Felipe.
 —Ya no hay más que hacer justicia, señor.
 —Justicia haré, dijo el rey levantándose impo-nente.
 Y despues de decir en latin que toda autoridad viene de Dios y otros textos de subordinacion absoluta, añadió con sorda voz:
 —A galeras debe ir soldado que con agravio ó sin él abandona así sus armas.
 —Mis armas, se atrevió á interrumpir Aguilera, viniendo, señor, conmigo para servir á Dios y al rey.
 —¡A galeras! volvió á decir Felipe, haciendo un silencio pavoroso.
 El soldado se inclinó para salir, y dijo al retirarse:
 —Entonces, señor, lo dicho..... y me voy á mis galeras.

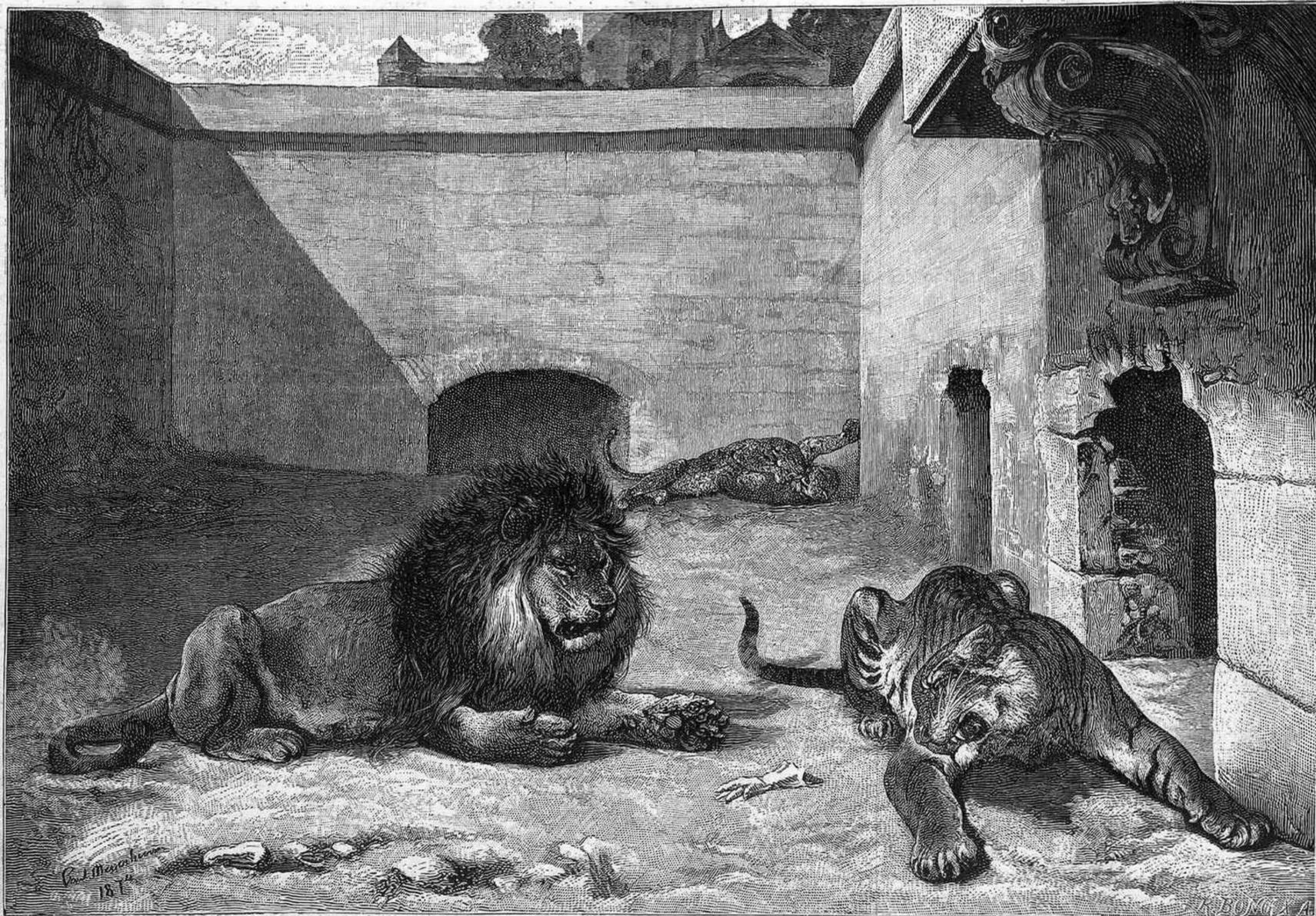
IV

El dia siguiente recibia Lope Aguilera un pliego para el virey de Nápoles.
 Estaba aún bajo la mala impresion de la audiencia, cuya última palabra fué la de galeras.
 Nadie le habia dicho una palabra sobre su suerte, y el pliego estaba cerrado.
 —Aquí, decia el buen Aguilera, en camino ya de Italia, aquí dirá el rey al virey: «Se servirá vuestre- lencia arcabucear al portador de este pliego.» No, no será el hijo de mi madre quien lo lleve, á lo ménos sin saber lo que lleva.
 Y fué á abrir el pliego.
 —Pero no, añadió conteniéndose. Solamente le dirá que me recomiende al cómitre de la mejor galera, porque lo convenido no era más que galeras. De cualquier modo, esto de llevar yo mismo mi sentencia es cosa más fuerte que un combate. No la llevo, no..... Pero, ¿habia de ser tan desleal un rey tan grande?... ¡Bah! Más grande era Urias, rey de la

Biblia, y con todo eso le dió una carta igual á su fiel vasallo David, para que lo arcabucearan tambien, y lo arcabucearon por cierto. No, no será Lope Aguilera quien lleve esta otra carta de Urias.
 Y fué otra vez á abrirla y otra vez se contuvo, diciendo:
 —¿Y si aquí se me hace justicia?... Entonces, yo mismo la malogro, pues abierto no puedo ya entregar el pliego al virey..... ¿Qué diablos haré, Dios mio?.... La cosa es un poco seria para resolverla de prisa..... Vamos andando.
 Y siguió andando su jornada sin pensar más en ello hasta el dia siguiente.
 —Vamos andando, dijo otra vez al comenzar la jornada. ¿Y para qué he de andar, si al fin no he de entregar el pliego?... ¿Cómo que no has de entregarlo, Lope Aguilera? Es una partida de honor empeñada entre el soldado y el rey, y lo llevarás intacto á ver quien es más caballero, si el rey ó el soldado, ¡Adelante!.... Pero si me arcabucean, juro á Dios...
 Y el buen Lope Aguilera siguió ya resueltamente su camino.
 Al fin de su viaje entregó el pliego intacto al virey de Nápoles.
 —Era ya una competencia de honor entre el soldado y el rey. El soldado habia cumplido ya noblemente.
 ¿Y el rey?
 Lope Aguilera, no tenia ya ningun cuidado. Si lo arcabuceaban, habia jurado á Dios..... ¡Lástima que no hubiera dicho lo que iba á hacer.... despues de arcabuceado!
 —Buen Lope, le dijo el virey luégo de haber leído el pliego; tomará vuacé el comando de la tropa de Nuñez, el cual queda privado desde ahora.
 —Pero..... señor, baluceó Aguilera con asombro; pero yo..... ¡pobre de mí! soldado raso....
 —Capitán vivo por este real despacho.
 —¿Es posible?
 —Ya lo ve.
 —¡Bien se ha portado el rey!.... ¡Y el otro tambien! Era una competencia de honor entre los dos y.... se han portado á cual mejor el uno y el otro.
 —¿Quién es el otro?
 —El otro soy yo.
 Y el flamante capitán se retiró orgulloso de sí mismo y con la esperanza de llegar á maestre de campo con tan poderosa proteccion.
 No sabemos si lo conseguiria, pues no se ha sabido más de Lope Aguilera.

NOTICIAS GEOGRAFICAS

En la colonia inglesa del cabo de Buena Esperanza acaba de hacerse un importante descubrimiento, cual es el de que la ciudad de Kimberley está construida sobre una mina de diamantes. El resultado inmediato ha sido que los habitantes se dan ahora más prisa para derribar sus casas de la que tuvieron para edificarlas, y los solares que ocupaban alcanzan hoy precios fabulosos.
 * *
 Batum, una de las ciudades cedidas por Turquía á Rusia á consecuencia de la última guerra, antigua capital del bajalato del Lazistan, ha cambiado notablemente desde que está en posesion de los rusos. Poco tiempo atrás apenas tenia 800 tenduchos, y se envanecía, como de una maravilla arquitectónica, de la casa de dos pisos del vice-cónsul de Rusia; pero se ha agrandado y cuenta ya con numerosas casas de muchos pisos. Se ha construido como por ensalmo todo un barrio europeo y ha variado notablemente el aspecto de la ciudad turca. Hay en ella varios restaurantes rusos, y en todas las calles se oye hablar en ruso gracias á los funcionarios de este imperio y á la colonia de sectarios molokanes que se ha instalado en Batum. Las dos escuelas, griega y turca, que ántes habia, han desaparecido, habiendo sido reemplazadas por otra fundada por la Sociedad georgiana de instruccion primaria. El comercio adquiere tambien notable desarrollo.
 Aparte de esto, se va á mejorar el puerto, que puede contener diez buques acorazados, ensanchando el muelle y construyendo un nuevo acueducto. En el mes de setiembre próximo estará enlazada la ciudad por un ramal de ferro-carril con la estacion de Samtredia de la vía férrea de Poti á Tiflis, y Batum será entonces un puerto de muchísima importancia, que destronará por completo á Poti y su malhadada bahía.
 * *
 Un despacho fechado en Irkutsk el 5 de mayo, y enviado á dicho punto desde el Delta del Lena, da la triste noticia de haberse encontrado al capitán Delongue de la *Jeannette* y á los individuos de la tripulacion, muertos; tambien se han encontrado todos los libros y papeles referentes á la expedicion, y continúan la pesquisas para dar con los buques.
 * *



EL GUANTE DE SCHILLER, por Meyerheim

Es digno de elogio el interés que manifiestan algunos gobiernos disponiendo viajes de exploración a las regiones árticas. La expedición austriaca que se encamina a dichas regiones polares y que salió del Adriático a fines del pasado abril, acaba de llegar a Inglaterra a bordo del buque de la marina imperial *Pola*, que ha anclado en el Támesis, enfrente de Gravesend. En seguida zarpará para su destino, la isla de Juan Mayen, situada a 340 millas al noroeste de Islandia, permaneciendo en ella un año entero. Cinco oficiales y nueve marineros, en junto catorce personas, componen la expedición; los marineros son istrios y dálmatas que, según las pruebas hechas cuando la expedición del capitán Weyprecht, soportan perfectamente, a pesar de su naturaleza meridional, el clima de las regiones del extremo norte. Van provistos de toda clase de medios, de chozas de fieltro y de barcas.

El jefe de esta expedición es el teniente Wohlgemuth, quien ha publicado un interesante folleto explicando sus proyectos y describiendo detalladamente las medidas tomadas por su gobierno para hacer lo menos dura posible la residencia en aquella tierra desierta.

La isla de Juan Mayen está situada en el Océano Glacial ártico, al Oeste de Groenlandia, a los 71° de latitud Norte y 12° 24' de longitud Oeste. Domínala el gran volcán del Beerenberg, que tuvo una erupción en 1818 y cuya altura es de 2,085 metros. Debe su nombre al navegante holandés Juan Mayen que la descubrió en 1611: sus costas están erizadas de verdaderos montes de hielo.

El ingeniero americano M. Gregory ha concebido el proyecto de trasportar viajeros de Nueva-York a París en ferrocarril. Los planos están ya hechos, y la ejecución de las obras empezará tan pronto como los

capitalistas hayan proporcionado los fondos necesarios. La inmensa vía férrea irá de Nueva-York al cabo del Príncipe de Gales, atravesando el Canadá, la Nueva Georgia y el territorio de Alaska. La única solución de continuidad estará entre el cabo citado y el cabo Este en

la costa asiática, enfrente del estrecho de Behring y a 40 millas de la extremidad nordeste del continente americano. El viaje entre ambos cabos se hará en vapor, lo cual será cuestión de unas dos horas. La vía férrea volverá a empezar en el cabo Este y atravesará el territorio ruso del Asia septentrional, para empalmar con la red de ferrocarriles siberianos que, por Moscú y San Petersburgo, están en comunicación directa con todas las capitales europeas. De este modo se podrá hacer el viaje entre Nueva-York y París en cinco días y medio, comprendiendo las dos horas de navegación.

NOTICIAS VARIAS

CIRCULACION DE CARRUAJES EN PARIS.— Con objeto de averiguar el número de carruajes que en un espacio de tiempo determinado circulan por algunas de las principales calles de París se han construido en ellas unas pequeñas garitas provistas de unos contadores especiales, los cuales han marcado las cifras siguientes:

Por el faubourg Saint-Honoré pasan, por término medio, 6000 carruajes cada veinticuatro horas; por el boulevard Haussmann, 13,000; por el Malesherbes, 8,000; por la calle Real, 20,000; por la de Chateaudun, 8,000; por la Calzada de Antin, y Puente Nuevo, de 11,000 a 18,000; por la avenida de la Opera, 26,000; por el boulevard de los Italianos, 20,000; por el de la Magdalena, 25,000; por la calle Montmartre, 100,000; por la del Cuatro de Setiembre, 3,000; por el boulevard San Dionisio, 15,000; por la calle Turbigo, 7,000; por el boulevard San Martin, 11,000; por el Beaumarchais, 9,000; por el boulevard de Palacio, 10,000; por el de S. Miguel, 9,000; por el puente de la Concordia, 12,000; por el de los Santos Padres, 9,000 y por la calle de Amsterdam, 4,000.



LA COSTURA, estudio por Bregenzner

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON